

BIELSA

Los años chilenos (2007 • 2011)

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2024, Carlos Serrano Barrie

Derechos exclusivos de edición:

© 2024, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso, Providencia,
Santiago de Chile

Diseño de portada: Isabel de la Fuente

Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

1ª edición: marzo de 2024

Registro de propiedad intelectual: 2024-A-754

ISBN: 978-956-408-504-3

Impreso en: CyC Impresores Ltda.

BIELSA

Los años chilenos (2007 • 2011)

CARLOS SERRANO BARRIE

*Para Maca, Macarena y Oli. Por el tiempo robado,
el apoyo en las horas bajas y la infinita comprensión
en este viaje al fondo de la locura.*

*Para Ítalo, que, a pesar de todo lo que me conoce, siempre ha creído
que oculto por ahí en algún lado había un escritor. Prego, ragazzo.*

*Para los chicos de La Cultureta. Justos y
necesarios. Gracias por existir.*

*The hardest years, the darkest years,
the roarin' years, the fallen years.
These should not be forgotten years.
The hardest years, the wildest years,
the desperate and divided years.
We will remember, these should
not be forgotten years.*

MIDNIGHT OIL, "Forgotten years", 1990.

Rodríguez: Los viajes empiezan después que uno llega, te lo digo yo que una vez fui a la capital. Recién cuando vine y se lo conté a los otros, ahí me di cuenta de que lo que había visto era una cosa bárbara.

El viaje hacia el mar, 2003.

*Well you're not the first, you're not the last
You're not even the one who loves me the best
But all I think about is you.*

GEORGE MICHAEL, "Hard day", 1987.

Contenido

Presentación	13
1. Mi amigo el verdulero	17
2. Un espía entre nosotros	33
3. ¿Cómo es su nombre?	60
4. Cañonazo y punto	71
5. Una luz pasó por el Placeres	85
6. Vender el alma al diablo	98
7. El peor hincha del mundo	109
8. Historias de la tele	127
9. Dulces sueños	149
10. Un encuentro casual	160
11. Un loco no tan lindo	169
12. Esperando a Torrente	185
13. Usted es muy raro	204
14. Por obra y gracia de María... de Paine	210
15. Loco y santo	228
16. No va a pasar	239
17. Que no te metan goles	252
18. En el fondo del río	260
19. El “Bielsa chileno”	280
20. Bielsa llama a tu puerta	289
21. La libreta de Ernesto	308
22. Entre locos anda el juego	326
23. La quimera del fútbol soñado	336
24. El mejor amigo de Marcelo en Chile	350
25. Ciento cincuenta partidos	356
26. El bielsismo-leninismo resiste	371
27. Un vecino ilustre	381
28. Ocho minutos para la eternidad	388
Agradecimientos	399
Fuentes	401
Cronología	404

Presentación

Cuenta la leyenda que, más de una década después, cuando cae la noche y no queda nadie en la sede de la Asociación Nacional del Fútbol Profesional de Chile, resuena todavía por los pasillos la carcajada de cierto gerente de comunicaciones que no pudo aguantarse la risa cuando un periodista recién llegado de España le sondeó sobre la posibilidad de entrevistar a Marcelo Bielsa.

Bueno, puede que me haya salido el andaluz que llevo dentro y esté exagerando un poco el relato, pero la parte en la que pregunté a comienzos del 2010 —recién nombrado director del área deportiva de TVN— por la factibilidad de una entrevista con el rosarino es rigurosamente cierta, lo mismo que el ataque de risa que asaltó a Claudio Olmedo, acto seguido, aunque él asegura que no recuerda la anécdota. En su momento dolió, no lo niego, pero tras varios años empapándome a fondo sobre el tiempo que pasó Bielsa en Chile, solo me queda reconocer que fue una reacción lógica a una pregunta estúpida o, cuanto menos, desinformada.

Obviamente estaba al tanto de que el rosarino era alguien muy especial, pero en ese momento me faltaba aún el detalle fino de la historia y reconozco que me llamaba más la atención la contundente clasificación de la Roja al Mundial de Sudáfrica, mostrando una osadía y una verticalidad pocas veces vistas por estos lares, que su relación con los medios, si vivía en un vetusto centro deportivo o si se compró un auto de taxista.

Con el pasar del tiempo fui convenciéndome de que realmente estábamos ante un ejemplar único en su especie, una de esas notas discordantes que de cuando en cuando aparecen en el hipercomercializado mundo del fútbol profesional para ponerlo todo patas arriba. Un tipo genuino, se comprara o no su película, que estaba escribiendo una página imborrable en la historia de Chile, porque otra situación que me quedó pronto clara es que logró desbordar las dimensiones de un campo de fútbol y contagió todo lo que tocó: política, cultura, sociedad, economía...

Hablando de contagios, este libro empezó a convertirse en realidad en el segundo año de la pandemia de COVID-19, cuando constaté que la fascinación por Bielsa seguía intacta en Chile

así pasaran los años, entre recurrentes sueños húmedos sobre un improbable regreso cada vez que se quedaba sin equipo o que la ANFP guillotínaba al seleccionador de turno. Al echar a andar este proyecto, un Bielsa rampante acababa de firmar una temporada para el recuerdo con el Leeds en la Premier League, pero a su término había sido recién presentado como nuevo DT de Uruguay tras más de un año sin dirigir. Su enésima reinención en una carrera nada convencional.

A los caprichos de la movediza contingencia se fueron sumando los ominosos comentarios que jalonaron el camino, entre advertencias de que lo que había por delante era un laberinto en el que reinaba el silencio, la hostilidad, el fanatismo y la sinrazón. El panorama era tan poco auspicioso que, antes de comenzar la singladura, sondeé a un par de solventes colegas para ver si se animaban y se subían al barco. La respuesta fue negativa en ambos casos, pero el habitual cóctel de inconsciencia y tozudez que guía mis actos desde tiempos inmemoriales me animó a seguir adelante y, bueno, parece que al final llegamos a buen puerto.

Como periodista de la vieja escuela que soy, hay pocas cosas que odie más que las autorreferencias. Mi anhelo de invisibilidad es absoluto, pero entiendo que el prólogo es una buena instancia para explicar un poco las circunstancias que rodearon el proyecto. Así que perdonen la primera persona, prometo erradicarla en cuanto acabe esta introducción.

En general, mi sensación era que la historia de Bielsa en Chile estaba construida sobre un puñado de titulares y poco más. La gran mayoría de las anécdotas estaban esbozadas en los medios, pero la tradicional falta de espacio y tiempo —¿y ganas?— para desarrollarlas solía dejarlas en meras frases sueltas con escaso contenido. Así que el plan desde el principio fue jugar un rato a los periodistas, haciendo llamadas, bebiendo de las fuentes originales, visitando los lugares, tocando algunas puertas, tirando líneas para conectar los puntos y rezando a ver si salía algo.

No voy a negar que el recelo y la desconfianza han sido unos indeseados compañeros de viaje, ya que gran parte de las relaciones que construyó Bielsa se elevaron sobre el pilar de la discreción absoluta. Pero no es menos cierto que, pese a todo, el ánimo colaborador

y la generosidad han ganado por goleada, con entrevistados que han ido mucho más allá de lo que jamás habría imaginado, no solo a la hora de contar sus experiencias, sino al sugerir nuevas líneas de investigación o ayudando con los contactos. Ha habido portazos en la cara, gente que se ha abierto en canal, personas que hablan mucho y cuentan poco, colaboraciones a regañadientes, desprecios inesperados... en fin, un día cualquiera en la oficina.

La idea era que no se tratara de un libro de fútbol propiamente dicho, pero tampoco de una tesis o un manual de historia. Me gusta imaginármelo más como un conjunto de pinceladas que conforman el retrato de un tiempo tal vez irrepetible, de una crónica sobre un grupo de personas que se sintieron tocadas por un personaje que rompió el molde y de un momento en que se empezó a gestar gran parte de lo que vivió Chile después. A la hora de enmarcar muchos de los sucesos narrados es imposible no hacer referencia a momentos deportivos específicos, pero la intención ha sido que fueran subsidiarios de la trama, solo para comprender mejor algunos episodios.

Los diálogos presentes en la obra son recreaciones elaboradas por los mismos protagonistas, basadas en su inmensa mayoría en sus experiencias en primera persona con el entrenador argentino. No hay ninguno inventado. El tiempo transcurrido desde que Bielsa anduvo por tierras chilenas convierte en frágil la memoria y traiciona algunos recuerdos, espero haber subsanado todas las incongruencias que encontré por el camino. En lo referente al lenguaje, he optado por escorar la escritura hacia su lado más chileno, sin miedo a recurrir a mi español peninsular natal cuando así lo estimaba oportuno y restando bastante coloquialidad en muchos pasajes en aras de una mejor comprensión.

Por último, tal y como expliqué a los entrevistados, esta obra no busca ser una hagiografía de Marcelo Bielsa, aunque no es menos cierto que la imagen en general sale muy bien parada por el hecho de que los protagonistas son sobre todo personas que tuvieron una relación positiva o de admiración hacia él. Su verdulero, su crítico cinematográfico de confianza, sus amigos de la cultura, su podóloga, sus periodistas confidentes —que los había, pese a todo—, su doble, el autor de una cumbia en su honor, el fundador

del Partido Bielsista Revolucionario... una variopinta galería de personajes nos presta sus ojos y su voz para viajar en el tiempo y volver a ser testigos de una historia muy especial. Espero que la aventura merezca la pena.

El único objetivo ha sido dejar que la gente se expresara con libertad y en sus propios términos, sin presiones ni buscando trapos sucios. El plan no era alabar o torpedear el bielsismo, sino intentar presentar un cuadro lo más honesto y completo posible sobre los cerca de tres años y medio que vivió el técnico argentino entre nosotros. Quiero creer que se puede hablar de misión cumplida, aunque siempre quedará la duda de qué opina Bielsa al respecto o si tiene una versión que contraponer al recuento aquí presentado. Puede que lleguemos a saberlo algún día si vuelve a dejarse entrevistar por la prensa.

Santiago, julio 2021-enero 2024

I. Mi amigo el verdulero

No llevamos ni veinticuatro horas de la primavera del 2021 y la amenaza de los treinta grados se cierne ya sobre Santiago, un territorio que parece cada día más condenado al verano perpetuo.

La vaga y poco prometedor pista avanza por una calle residencial casi desierta de la comuna de Macul que muere junto a una transitada autopista. La viva imagen de un callejón sin salida. La opción de tirar la toalla empieza a convertirse en una posibilidad bastante atractiva tras varias semanas de infructuosas pesquisas.

Al lado de un paso elevado de la avenida Vespucio Sur hay una verdulería sin nombre, completamente cerrada pese a que es día de feria junto al cercano complejo deportivo de Juan Pinto Durán y el mediodía se acerca. Poco que ver aquí. Hora de desandar el camino.

Pero, de súbito, a través de la tupida malla verde que rodea el local se advierte algo de movimiento. En efecto, hay alguien en el interior abriendo la tienda.

—Hola, buenos días, ¿don Mario? —es la pregunta que recibe la esquiva sombra.

—¿Quién pregunta por él? —responde suspicaz.

Cuando sale a la luz de septiembre ataviado con un polerón de la Roja de la marca Brooks, uno de los que lucieron los ayudantes de Marcelo Bielsa algo más de una década atrás, queda claro que la búsqueda ha terminado. El póster del Athletic Club de Bilbao que tiene al fondo del negocio disipa cualquier duda.

Se trata de Mario Riquelme, el célebre verdulero amigo del rosarino, uno de los personajes más genuinos y esquivos en el mundillo local que se creó en torno al seleccionador durante su estancia en Chile.

No obstante, la emoción dura poco. Tras balbucear apenas los motivos de la búsqueda, se desata un chaparrón de preguntas sobre cómo fue develado su paradero, quién entregó el dato y qué medio se interesa por él, junto con taxativas advertencias de que no habla con periodistas y mucho menos sobre Bielsa. Pese a todo, tras las correspondientes y atropelladas explicaciones, se fija una cita al

día siguiente. Cuando no se vuelve a casa con las manos vacías es obligatorio ser optimista.

* * *

Viernes infernal. Obras y congestión en las calles. La amenaza de la pandemia se resiste a desaparecer. El sol no da tregua. Cita incierta. Lo que sea, será.

En la calle resuenan las cuecas dieciocheras a todo volumen pese a que las Fiestas Patrias quedaron atrás hace unos días. Sorpresa. Proviene de la verdulería de Mario, que se prodiga en sonrisas, saca una silla para conversar y reparte unas jugosas mandarinas ovallinas. Ha cambiado el polerón de la Roja por un pantalón de buzo gris también de la selección, combinado con una colorida polera Adidas. Sus suspicacias iniciales parecen haber desaparecido.

A las puertas de los sesenta y ocho años, a Mario le gusta recordar que es conocido por ser muy “quisquilloso” y tener un carácter explosivo, pero sus palabras acaban retratando más bien a un hombre sensible y familiar. Las yapas que entrega a sus clientes durante toda la tarde revelan también un espíritu desprendido y sociable.

Lentes de montura morada, pelo corto cano, piel morena y un exceso de kilos que reconoce y no piensa corregir, pese a la hipertensión y la diabetes que lo acechan. “Ahora como lo que quiero. La doctora me dice lo que no puedo comer, pero a mí me gusta el chanco, la chuleta, al montón. Vivimos mucha pobreza. Yo comía pedazos de manzana que botaba la gente en los paraderos”, cuenta.

Trabajando desde los once años y sustento de su familia desde los quince, cuando se vio obligado a echar a su padrastro de casa, la historia de Mario es la de tantos y tantos chilenos de esfuerzo: mucha pega, escasa recompensa. Años y años vendiendo en ferias, en la rotonda Quilín y desde hace unas tres décadas en este rincón de Macul que “era un potrero, un basural” cuando llegó. “Una vida sufrida”, sentencia lacónico.

No están siendo días fáciles para Mario. Aquejado de vértigos, debilidad generalizada y problemas para dormir, reconoce que “no soy el mismo de antes” desde que se contagió de COVID-19 meses

atrás. Su refugio ha sido la religión. “Creo mucho en Dios. Estuve muy enfermo y me salvó”, asegura.

Además de la intervención divina, algo de crédito merece también su nieta Ignacia Antonia, la “Nachita”, que le dijo un día: “Tatita, yo te quiero seguir viendo y la única forma es que tú te vacunes”, palabras que le conmovieron y le animaron a inmunizarse, evitando sumarse así al interminable reguero de víctimas de la pandemia. Un logro no menor para un hombre convencido de que se trata de un “virus inventado” en el marco de “una guerra para que muriera gente”.

—Me iluminó y me salvó —dice sobre su nieta. Alabada sea.

* * *

—Mamá, mamá, mi tatita está ahí —avisó un día su nieta señalando al televisor.

—¿Adónde? —inquirió suspicaz su madre.

—Ahí, en la tele.

—¿Cómo en la tele tu tata, oh?

—¡Míralo, míralo!

—Mira el tata... —comentó al verlo en la pantalla—. ¿Y qué está haciendo ahí?

Eran los divertidos escarceos de Mario en los años a. B. (antes de Bielsa). Hinchado de la Universidad de Chile desde pequeño, su perfil es el de un aficionado tirando a moderado. Feliz en los triunfos, está al día con lo que pasa en el club de sus amores, pero es de los que se descuelga un poco cuando los resultados no acompañan. Sin embargo, la cercanía de Pinto Durán opera como un imán en la zona, sobre todo cuando la selección dice presente.

En los primeros años del siglo empezó a rondar el complejo. Aprovechando que un dirigente de las instalaciones era cliente suyo, intentó conseguir un pase para ver una práctica de la selección. “Yo le voy a avisar, le voy a avisar”, fue la respuesta recurrente que encontraron sus ruegos.

Mientras, como tantos otros chilenos, se acercaba a los accesos del recinto cuando el equipo nacional estaba concentrado. “Me gustaba salir en la tele. En las entrevistas de repente me ponía ahí

y me cachaban”, relata entre risas. En una de esas ocasiones fue cuando lo vio su nieta, para sorpresa de toda la familia.

“Pero cuando llegó don Marcelo cambió todo. A Pinto Durán le pusieron «el búnker», porque entraba la gente que él quería. Ni periodistas, ni la tele... ¡nada!”, señala. Cuando tanteó el terreno para ver si era factible el acceso, ya no le dieron más largas: la respuesta se convirtió en un no tajante.

“Cuando don Marcelo hace la práctica tenemos que meternos todos para dentro”, le explicaron para certificar que había llegado un nuevo tiempo a la Roja.

—Don Mario, tiene que jugársela nomás —le dijeron entonces.

—¿Y cómo me la voy a jugar? —preguntó decepcionado, sin imaginarse el vuelco que le daría la vida poco después.

* * *

La verdulería de Mario está situada en un lugar apartado y tranquilo, apenas perturbado por el rumor constante del ininterrumpido tránsito de la autopista, que acaba convirtiéndose en un murmullo de fondo casi imperceptible cuando uno lleva un rato allí y se acostumbra.

Los gatos que lo acompañan en su jornada laboral, la Rucia y la Shakira, duermen a pata suelta a la sombra, contorsionándose en posturas imposibles dentro de cajas de cartón para la fruta. Reina la paz, aunque no siempre fue así.

La insulsa bomba de bencina que domina su horizonte, la dirección en la que Mario pierde la mirada mientras desgrana sus recuerdos, acabó convirtiéndose en el improbable epicentro de la sacudida que lo marcó para siempre.

Primero se lo escuchó a un par de señoras a las que estaba atendiendo: “Ha bajado Bielsa, está en la bomba”. Y por obra de magia, un rincón de Santiago habitualmente yermo, se llenó de personas que lo rodeaban en busca de fotos, autógrafos, un saludo. “Tenía esa cosa don Marcelo, que atraía a la gente. Sin estar la gente, aparecía”, afirma.

Días después volvió a repetirse la escena. Mario contemplaba a la distancia la atestada vereda de enfrente, sorprendido por el tumulto que se formaba de la nada en torno al entrenador. La

consumación de sus deseos estaba al alcance de la mano, a escasos metros de hacerse realidad. Un buen momento para recurrir a la ayuda divina.

“Yo creo mucho en Dios y le dije: «Señor, ¿tú quieres que yo conozca a don Marcelo Bielsa? Pues que pare un día ahí en ese poste»”, comenta, señalando uno que está cruzando la calle, junto a la gasolinera. “Pasaron los días y para el auto ahí y se baja don Marcelo Bielsa. Y yo dije «uuuhhhh, don Marcelo»”.

Tal y como le recomendaron en su día, era el momento de jugársela. Atravesó la calle y se acercó al chofer, que esperaba a que el DT acabara sus compras. “Cuando vuelva, dígame que pase a probar la fruta chilena”, fue su mensaje antes de regresar a su local.

Y allí se quedó esperando, animado además por el buen producto que iba a poder ofrecerle al profe si finalmente se acercaba. “Tenía duraznos plátano de dos corridas la caja, así de grandes”, señala con las manos.

Pasados unos minutos, vio cómo Bielsa cruzaba la calle y enfilaba hacia su verdulería. Salió a su encuentro.

—Qué bonita es su pérgola, señor, qué linda —asegura que le dijo, imitando las palabras del seleccionador con un profundo acento argentino.

—Don Marcelo, quiero sentirme honrado de darle una fruta chilena —respondió.

—Pero esto le cuesta, cómo me la va a regalar, véndamela.

—Noooo, pero cómo. Usted ha cambiado el fútbol chileno y esto es de corazón, es muy bonito lo que está pasando. Yo como chileno quiero hacerle este pequeño regalo de fruta.

—Ya, deme dos, ¡pero dos! —le indicó, aunque asegura que le puso cuatro o seis—. ¡Se las pago!

—Si me las paga usted me está ofendiendo, don Marcelo —le espetó mientras la gente congregada alrededor animaba al entrenador a aceptar el obsequio.

—Pero por esta vez, ¿eh? —concedió finalmente.

Cuando lo vio alejarse en su auto, con la sonrisa todavía dibujada en los labios, solo acertó a pensar: “Capaz que venga a comprarme otra vez algún día”.

“Señor, lo felicito por su fruta. Un manjar. Me encantó. Deliciosa. Gracias. Marcelo Bielsa”.

Fue la tarjeta que halló poco después de su encuentro, sujeta en la entrada de su verdulería, junto a un banano de regalo.

Pocos días después empezó a pasar a menudo a saludar, a veces en bicicleta. “Vengo a felicitarlo por su fruta y a decirle que tiene bien bonita su pérgola y muy buenos modales para atender”. “Vengo solo de pasada, a desearle que le vaya bien”. Fueron algunos de los educados cumplidos que Mario cuenta que le dedicaba el rosarino en sus visitas, en las que a veces le traía obsequios como cajas de bombones helados.

“Ahí como que ya empezó a tenerme en cuenta no como amigo, sino como una buena persona, un buen hincha, un buen admirador. Yo nunca le dije «don Marcelo, regáleme una entrada para ir al estadio» o «invíteme un día a ver un entrenamiento»”, comenta.

¿Conocidos? ¿Amigos? ¿Quién conoce los límites? ¿Dónde empieza lo uno y acaba lo otro? Complicado saberlo, ya que estas distinciones suelen operar más bien en el campo de la subjetividad, en las sensaciones que tiene cada uno. Lo que sí parece indudable es que por lo general se produce un salto cualitativo en el tránsito entre ambos estados en el momento en que se conoce al círculo más íntimo, sobre todo la familia. Y no pasó mucho tiempo para que eso sucediera.

—Mario, créeme lo que te voy a decir. Mi señora te vino a conocer y no te encontró —le dijo en una ocasión el seleccionador.

—¿Pero cuándo? —se intrigó el verdulero.

—Yo hablo mucho de ti cuando voy a Rosario. Les dije que tengo un amigo trabajador, que temprano está trabajando, y vino a las 10:30 y se encontró la pérgola cerrada.

—Don Marcelo, es que yo me voy tarde. Me voy a las 11:00 o 12:00 de la noche, sobre todo en verano.

—Bueno, para otra vez será.

Si bien Mario pensaba que había dejado pasar una oportunidad que no volvería, la esposa de Bielsa, la arquitecta Laura Bracalenti, regresó poco tiempo después y lo saludó con un afectuoso abrazo.

Además, también pasaron por el lugar las dos hijas del matrimonio, Mercedes e Inés, y hasta llegó a conocer al hermano del técnico, Rafael —excanciller y embajador de Argentina en Chile cuando se escriben estas líneas—, y a su padre, el destacado jurista Rafael Pedro, que lo llamó aparte una vez mientras miraba la fruta expuesta.

—Mario, ¿cómo *podés* ser amigo de este loco? —asegura que le preguntó.

—Es un genio don Marcelo.... —le respondió sin querer pellizcarse aún por si al final resultaba ser todo un sueño.

* * *

Todos los indicios apuntan a que no es fácil llegar ser amigo de Bielsa. Alcanzar esta categoría se asemeja más bien a un videojuego en el que hay que ir pasando con éxito varias etapas para avanzar y en el que uno puede quedar eliminado en cualquier momento. Una vez superada la fase inicial del conocimiento mutuo, se va ingresando poco a poco al círculo más íntimo. A su ritmo. Con sus tiempos. Con sus condiciones. Con pruebas.

La lealtad es la máxima intransable y eso incluye no relacionarse con la prensa. Reina la *omertà*, el pacto de silencio y la reserva de los cercanos, lo que complica sobremanera cualquier aproximación a un personaje que, como es bien sabido, no concede entrevistas a la prensa desde el siglo pasado.

Las reglas las pone siempre él, no en vano es el componente famoso de la ecuación y el que más expuesto quedaría ante intrusiones a su privacidad y revelaciones indeseadas. Aparte de la obviedad de que es la gente la que busca acercarse a él y establecer puentes con su figura, lo que lo vuelve precavido y exigente en extremo a la hora de escoger sus amistades.

—Quiero que me respondas tres preguntas: ¿tienes amigos? ¿Cómo te llevas con tu mujer y tu familia? ¿Te gusta mirar mucho para el lado? —disparó una vez el rosarino.

—No, don Marcelo. Tuve un hijo por fuera, pero nada más —reconoció el verdulero.

—¿Existe alguna vez la posibilidad de que yo conozca a tu familia, a tu señora? Siempre te he visto a ti, pero nunca a tu familia.

Fue la inesperada conversación a la que se enfrentó Mario una vez que Bielsa lo citó en Pinto Durán. Fue el momento en el que supo que sus encuentros previos sirvieron para evaluarlo como persona, emulando sus célebres disecciones de las cualidades de los futbolistas. Fue el instante en el que se le abrieron de par en par las puertas del paraíso que tanto había anhelado.

—Te voy a decir mi forma de elegir a los amigos. Yo te estudié, te lo digo abiertamente. Tú me conociste como Marcelo Bielsa, director técnico de la selección, y jamás me pediste algo, jamás. Te conocí como una persona trabajadora, ubicada y cariñosa. Y muchas veces no todos tenemos esos requisitos —cuenta Mario que le dijo el entrenador, reconociendo que ese día “casi me hace llorar, porque nadie se preocupa de esas cosas, de si uno se lleva bien con su familia”.

—Don Marcelo, qué quiere que le diga —respondió, desarmado.

—Yo te digo esto, Mario, porque ahora te considero un amigo y no quiero que fallemos por cosas que puedan pasar; ojalá que no pasen, porque para mí eres un amigo, no sé yo para ti.

—Gracias, don Marcelo, yo ahora lo conozco a usted como persona. Yo esto no lo hago por interés ni por nada, solamente porque yo deseaba conocerlo también y nunca pensé que me iba a encontrar por su camino, porque para donde mire usted va a tener cariño. A usted lo conocen todas las personas. Por ejemplo, yo sé que si usted quiere que le traigan la piña más grande se la va a traer el casero, o el durazno más grande y todo, pero tener el afecto de una persona de bajos requisitos culturales, sociales...

El vínculo quedaba sellado y no haría sino reforzarse en los meses posteriores, en los que incluso el ídolo de Newell's Old Boys se tomó el tiempo para llamarlo varias veces desde Japón y darle el pésame por el fallecimiento de su madre e interesarse por su ánimo.

* * *

—Aló, ¿estará mi amigo Mario, el verdulero?

Era la fórmula empleada por Bielsa cada vez que se comunicaba por teléfono con Mario. Desde México, Estados Unidos, Sudáfrica o Pinto Durán. En la mayoría de los casos era solo para preguntarle

cómo estaba o invitarlo a pasar un rato con él en las instalaciones de la selección —oportunidad para la cual hasta le tenía reservadas un par de zapatillas para que no dañara el pasto del complejo—, pero otras veces era el preludio a momentos que están guardados como un tesoro en su vida.

Como aquella vez que conoció a la presidenta Michelle Bachelet.

Un pequeño viaje en el tiempo nos sitúa en el Estadio Atanasio Girardot de Medellín. Es el 10 de octubre del 2009 y la Roja acaba de sellar su clasificación para el Mundial de Sudáfrica con una histórica victoria por 4-2 ante Colombia, con una actuación estelar del Mago Valdivia.

Al igual que para gran parte de sus compatriotas, fue una noche de festejos y celebraciones por la gesta, que significaba que Chile volvía a estar en un Mundial tras una larga ausencia que se remontaba a Francia 98, a falta de un partido contra Ecuador que se resolvería también con victoria cuatro días después en el Monumental. Todo un logro en unas eliminatorias siempre disputadas y agónicas.

Corrió la cerveza y se desató la alegría con sus vecinos, que acudían a celebrar con Mario “porque pensaban que yo era amigo de don Marcelo, porque me habían visto en la tele”. Una jornada para enmarcar que tendría un colofón no menos extraordinario pocas horas después, cuando recibió el recado de contactarse con el exitoso DT, el hombre del momento.

—Hola, Mario, ¿cómo estás?

—Feliz, don Marcelo, qué quiere que le diga. Me desordené un poquito. De repente ni lo esperaba, pero con usted se espera cualquier cosa.

—Mario, te llamo para que vengas a estar con nosotros, con la presidenta en Pinto Durán.

La cita era pronto. Tocaba bajarse de la nube, despejarse lo más posible y empezar a vivir un nuevo capítulo de esos que hay que contar a los nietos.

“Estaban a mitad de la cancha con la presidenta, los jugadores, los jardineros, la gente que lo atendía, todos... Y llego por atrás medio escondido”, recuerda Mario. Sin embargo, sus aspiraciones de cómodo segundo plano pronto se vieron frustradas. “¡Ven,

Mario, sube!” cuenta que le dijo el rosarino, invitación a la que se sumó la mandataria con un “suba, don Mario” que lo animó a acercarse finalmente.

Sacando fuerzas de no se sabe dónde —no en vano estaba junto a las dos personas más populares de Chile en aquel instante, según los sondeos—, se dirigió a Bachelet.

—Señora presidenta, ¿le puedo decir unas palabritas?

—Pero por favor.

—Yo quiero felicitarla a usted porque ha hecho mucho por el fútbol chileno, con los nuevos estadios. Yo como persona futbolera la felicito. Y darle las gracias a don Marcelo por darme la oportunidad de conocerla —comentó antes de que la mandataria le diera un abrazo.

—Don Marcelo, ¡buen amigo! —le dijo Bachelet al técnico.

—Mario cuando habla, habla poco, pero habla bien —respondió Bielsa.

—Lo felicito, Mario.

Fue el día en que Bachelet parafraseó al Zorro Álamos —padre del recordado “Ballet Azul” de la U en los años sesenta y del no menos exitoso Colo-Colo 73— y felicitó a jugadores y técnicos por permitir que esa mañana el té fuera “más dulce” y la marraqueta “más crujiente” tras la clasificación al Mundial.

También fue el día en que Mario sintió como si estuviera levantando la Copa del Mundo en persona. Y no acabarían ahí las sorpresas.

* * *

—Mario, te quiero pedir un favor. ¿Tienes saco y corbata? —le soltó una vez el entrenador argentino.

—¿Qué es saco y corbata? —se hizo el despistado el verdulero.

—¡Terno y corbata, Mario! ¡Al terno le dicen saco en Argentina!

—No, no tengo nada.

—Sí tienes, Mario.

—¿Para qué, don Marcelo?

—Quiero que vayas a recibir el premio al mejor entrenador de Chile.

—Pero conmigo no puede empezar así... Ya, don Marcelo, tengo terno.

—Te quiero impecable, Mario, porque te vas a encontrar con tu amiga, con la presidenta. Déjame bien, Mario. Te van a ir a buscar a Pinto Durán y te van a traer de vuelta. Si quieres, puedes llevar a alguien, pero al escenario subes solo.

Era finales de diciembre del 2009 y el Círculo de Periodistas Deportivos de Chile lo había reconocido como el mejor técnico del país, pero decidió enviar a su verdulero a recoger el premio, el célebre Cóndor. Alérgico como era a los compromisos y los eventos masivos, lo más probable es que el argentino no hubiera ido nunca a recoger el galardón, pero lo cierto es que aquella vez tenía una buena excusa: se encontraba en Rosario con ocasión del rebautizo del estadio de Newell's como el Coloso del Parque Marcelo Bielsa, tal vez la única excepción en su regla de no asistir a este tipo de actos. Por ejemplo, cuando la comuna de Macul lo nombró hijo ilustre, también fue un ayudante, Héctor Lastra, el encargado de recibir la distinción, ocasión en la que leyó una carta de agradecimiento escrita por el DT.

El plan trazado era sencillo: ir al evento celebrado en el Aula Magna de la Escuela de Investigaciones Policiales, recibir el galardón en su nombre y marcharse.

—Mario, ni una entrevista —le advirtió.

—Sí, profe.

—Ni una entrevista, ni una entrevista.

La ceremonia transcurrió según lo previsto. Mario subió al escenario y le entregaron el galardón. Fue felicitado por Bachelet, que le comentó: “Cómo lo quiere don Marcelo a usted. Nos vamos a volver a ver con don Marcelo”. Y poco más. Era hora de partir.

“¿Qué es lo que pasó? Pajarito nuevo. Me fueron a entrevistar después de que salí con el trofeo de don Marcelo y les dije «no, no puedo, no, no». «¿Pero cómo, don Mario? La media pinta que se tiraba arriba con terno y la corbata amarilla, más encima recibiendo el Cóndor para el profesor, al mejor entrenador de Chile...». Puras palabritas. Nada, le prometo que nada. Nada”, narra con un evidente pesar.

“Después, en una sala donde tenía que esperar el auto que me iba a llevar de vuelta, vino un periodista, pero sin grabadora, sin micrófono, ni nada. Y ahí empezó a hablarme, que cómo lo conoció, tal y tal, y tiré unas palabras, pero yo nunca hablé al micrófono de un periodista ni nada”, asegura.

La historia salió publicada al día siguiente. “«El caserito de Bielsa», titularon los huevones. Ahí supe que era periodista”, recuerda con una amargura que no ha podido disipar después de más de una década.

La publicación debió equivaler a alta traición en el estricto código de amistad bielsista, porque las puertas de Pinto Durán se cerraron de golpe para Mario, que ya no pudo volver a entrar durante un buen tiempo y al que se le denegó, incluso, la posibilidad de explicarse y disculparse por el malentendido.

Los guardias del portón ya no le franqueaban el acceso cuando acudía al complejo a saludar. Si alguna vez conseguía que le pasaran una llamada, lo despachaban con excusas del tipo “don Marcelo está durmiendo”.

“Me sentí mal. Nunca quise hacer esa huevía. Nunca. Y lo pagué. Sabía que si daba una entrevista iba a perder la amistad con don Marcelo”, afirma. “Tres meses me tuvo castigado”.

* * *

Pese a que le recomendaron que dejara pasar el tiempo, que Bielsa ya entraría en razón y le levantaría el castigo, Mario empezó a hacerse la idea de que su vida estaba volviendo a cambiar, a parecerse más a su existencia previa a la llegada del revolucionario transandino.

Atrás quedarían esos instantes en que parecía andar flotando por encima del suelo en La Vega, cuando la gente lo jaleaba, lo llamaban “el Bielsa” y le regalaban cajas de fruta para que se las diera como obsequio al rosarino, con el que seguía interpretando la clásica opereta del tira y afloja en la que uno insistía en entregar gratis el producto mientras el otro se empeñaba en pagar, otro rasgo típico del DT, que exigía siempre con vehemencia saldar sus deudas.

Por cierto, a este respecto Mario asegura que es falsa la popular historia que asegura que fue persiguiendo a Bielsa hasta Pinto

Durán para regalarle fruta y que después intentó convertirse en proveedor de la selección. También niega las versiones que indican que llegaba con ínfulas al complejo deportivo y exigía paso libre para ver al técnico siempre que quería. Según afirma, son todos bulos generados en la selección por los celos que causaron su nivel de cercanía al argentino.

También pasarían al terreno del pasado los asados improvisados junto a su verdulería a la vista de todo el mundo en la pasarela de la autopista, donde disfrutó de grandes vinos y cortes de carne que no había probado jamás en compañía del seleccionador. O aquellas veces en que simplemente se asomaba por su local para comerse una fruta y conversar un rato.

“Siempre lo vi pensando. Me comentaba dos o tres palabras. Siempre inventando, siempre creando, porque don Marcelo hacía jugar de una manera creativa. Miraba los videos, cuánto se demoraba la pelota de aquí allá. Pero yo nunca me salía del cuadrante. Si él hablaba de fútbol, yo escuchaba, porque cómo le iba a hablar yo de fútbol”, recuerda Mario sobre sus visitas.

En las jornadas más distendidas, rememora entre risas cómo disfrutaba el seleccionador de los cánticos de las barras chilenas. “«Chuncho, conchetumare», me cantaba”.

* * *

“Llegué a quererle como el padre que no tuve. Siempre con la transparencia por delante, con el lema que le levantaba a uno, con la preocupación por uno. Si iba bien, si me tomaba los remedios, que me preocupara de mi salud, de mi familia, que no trabajara nunca más los domingos”, rememora.

“Era muy humano. Se preocupaba de cosas que creo que ni la persona más allegada se preocupaba”, comenta Mario, enumerando las ocasiones en que se interesó por gente de la tercera edad, niños enfermos o vecinos del barrio. Un día hasta logró vencer su timidez y dar un paso inimaginable para él, equivalente en sus estándares al que dio el astronauta Neil Armstrong en la Luna.

—Don Marcelo, quiero decirle algo.

—Habla, Mario.

—Es que me da vergüenza.

—¿Pero qué pasa, Mario, algo malo?

—No, para mí es algo bueno.

—Dime.

—Es que quiero invitarlo a mi cumpleaños.

—¿Cómo es su familia, grande?

—No tan grande. ¿Qué posibilidades hay, don Marcelo?

—Te voy a contar una anécdota, para que te des cuenta de que si yo no voy, no es por mi decisión. Yo tengo unos amigos en Argentina, todos compadres. Y me invitó un compadre a su cumpleaños, con su familia, que nos queríamos mucho. Iba a haber varios invitados, pero sin querer veo la lista y eran todos extraños. ¿Sabes por qué no fui? No quiero ser el florero yo. No quiero ganarle el momento que está viviendo con su familia y amigos.

Al día siguiente por la mañana había un papel en la verdulería: “Feliz cumpleaños, Mario. Marcelo Bielsa. Nos vemos”. Había pasado temprano a saludarle, pero como no lo encontró dejó una nota. Más tarde llamó para felicitarlo y disculparse por su ausencia en su celebración.

“No voy a poder ir a tu cumpleaños, pero te voy a invitar a Pinto Durán con gente conocida mía y quiero que estés ahí. A las ocho de la noche te quiero ahí”, le dijo.

Pese a lo extraño de convocarlo en el momento en que tendría que estar festejando con su familia, Mario recuerda la ocasión como una nueva muestra de la humanidad de Bielsa: “Ahí estaban dueños de viñas, pura gente aristocrática. ¿Y usted cree que me dejó de lado? Me presentó a toda la gente”, asegura ufano.

A continuación se marchó a su casa a celebrar con los suyos, convencido de haber sumado un nuevo regalo del entrenador argentino.

* * *

Pero eso pertenecía ya al pasado. Ahora transcurrían las semanas y a estas alturas ya ni siquiera se dejaba caer por Pinto Durán, cansado de los desaires. Habiendo abandonado toda esperanza ante la persistente evidencia de la cruda realidad, no pudo dejar

de sorprenderse cuando Bielsa llegó en auto un día en que estaba arreglando la fruta en su puesto. Una aparición breve, silenciosa, gélida. Pero sin duda un rayo de luz entre los nubarrones.

“Don Mario, lo vino a ver. Por algo vino”, le animaron unos conocidos. “Hay que darle tiempo al tiempo”.

No tardó mucho en volver. Tras una estancia en Argentina, se presentó en la verdulería para regalarle una camiseta de Newell's. Otra vez parco en palabras, pero el deshielo empezaba a ser un hecho.

La siguiente visita, después de una charla en Calama, fue con una camiseta de Cobreloa. Ahí se animó a intentar explicarse.

—Ya pues, don Marcelo, no sea así. Yo no hice nada —le insistió.

—Mario, ¿te estoy preguntando algo?

—Sí, pero usted sabe que soy tonto, don Marcelo. Su amistad la valoro mucho, por eso quisiera que me escuchara, decirle la verdad.

—Mario, me he dado cuenta de que te preocupas por mí no solamente por ser Marcelo Bielsa. Estás preocupado siendo que yo me sentí mal, así que, Mario, se termina la joda.

* * *

Pero no era lo único que acababa, ya que también habían empezado a escribirse los últimos capítulos del periplo de Bielsa por tierras chilenas.

Cuenta Mario que declinó una invitación para acompañarle al Mundial, pero “me llamó desde Sudáfrica dos o tres veces. Después de que ganamos el primer partido contra Honduras. Andaba feliz don Marcelo. Llamarme desde allá... no había garantía de amistad más grande”.

La historia de la primera participación mundialista chilena en doce años es más que conocida. Triunfos ante Honduras —la primera victoria en cuarenta y ocho años de la Roja en mundiales, desde Chile 62— y Suiza, y caída ante España en la fase de grupos y eliminación ante Brasil en octavos de final, una cruel historia ya vivida en Francia 98 y condenada a repetirse en Brasil 2014.

“Lo triste fue después que terminó el Mundial. Yo lo notaba triste a don Marcelo”, afirma Mario. “En una conversación que tuve

con su señora me dijo: «Mario, están pasando cosas malas aquí y Marcelo tiene que irse. Yo sé que todos los chilenos lo adoran, lo quieren, pero tiene que irse. Marcelo es transparente, sabe lo que va a llegar ahora, sabe lo que viene»».

Eran los meses en que los grandes clubes del campeonato chileno maniobraron para sacar de la presidencia de la Asociación Nacional del Fútbol Profesional (ANFP) a Harold Mayne-Nicholls y poner en su lugar al dirigente de Unión Española Jorge Segovia, que acabó teniendo que dejar su puesto a Sergio Jadue. Y, como todo el mundo sabía, la salida del dirigente antofagastino equivalía al adiós del rosarino.

Fue Bielsa en persona quien le confirmó que se acababa su tiempo en Chile: “Tengo que irme, Mario”, le confesó entre el abatimiento y la incredulidad del verdulero.

“Después en una conferencia que dio en Pinto Durán dijo que no trabajaría con la gente que llegaba y dio a entender que eran una mafia. A él las cosas le gustaban transparentes. Y luego se vio lo que pasó. Fueron campeones de la Copa América, pero hubo cosas malas de por medio”, reflexiona sobre aquellos días, en los que por lo menos pudo degustar un último asado con el entrenador junto a su verdulería antes de decirle adiós.